

ANTUCO, mayo de 1999.-

Estimados Camaradas :

El Partido Demócrata Cristiano ha venido enfrentando en los últimos 30 meses una vida agitada en lo interno y difícil en lo externo.

Lo primero, derivado de confrontaciones no siempre fraternas y con resultados muy discutidos que provocaron resentimientos que duran hasta hoy y que crispán al Partido. Quiérase o no estas lides internas han repercutido en su trabajo de manera tan obvia, que sólo puede discutirse la cuantía de esa repercusión.

En documentos anteriores y en la intervención en la Junta Nacional de Mayo del año pasado hice ver mi opinión de manera muy directa señalando que le otorgaba a este factor la mayor responsabilidad en nuestras dificultades.

Señalé textualmente "que en un partido personalista, las conductas de sus militantes era esencial y más importante que los estructuras".

Señalé también que este "crispamiento" que se aprecia en el Partido para enfrentar los nombramientos o candidaturas, es el reflejo y no la causa de nuestros problemas. Estos provienen de la pérdida del sentido superior de la Política que dió nacimiento a la vieja Falange, renovada en el PDC y al triunfo – parcial pero importante – del concepto pragmático y materialista en las tareas de la Democracia Cristina. En esta visión antitética con nuestro origen, importa más el triunfo que el testimonio, el resultado que la semilla y la capacidad manipuladora que el convencimiento por ideas.

En todas mis intervenciones he dejado establecido que un diagnóstico como éste, tan duro, no significa agravio sino realismo y no es expurgación de culpas de nadie. Es por lo tanto la necesaria catarsis – sin depresiones ni derrotismos – que nos permite remontar los defectos para corregir conductas. Distinto es si no se comparte ese diagnóstico; pero estoy convencido que ésta es nuestra realidad

ya que los dirigentes o los militantes regionales la comparten en distintas dimensiones cuando la hemos señalado.

No desconozco que es una situación común a todos los partidos y no poca parte de la comunidad nacional en sus distintas instancias; pero también es verdad que no podemos medirnos por esa "aura mediócritas" porque nos proclamamos distintos y el afán de perfección en las prácticas políticas a escala humana – está en la raíz de nuestra identidad y en el intento de nuestro camino de crecimiento personal.

Una última reflexión sobre este punto.

Creo en la política como la definen los Papas : la más alta expresión laica de la caridad.

Creo en el rol del cristiano en la política como la concibe Maritain : un acto de servicio a todos los hombres y mujeres.

Creo en la existencia de los Partidos de raigambre cristiana como la ejemplarizan nuestros más queridos fundadores : testimonio y ejemplo para cambiar al hombre.

Creo en nuestra posibilidad de errar y en nuestra capacidad de recomenzar caminos como surge de nuestra convicción de redención personal y colectiva.

Por eso no es un error ni es peligroso mirar dónde y cuándo nos equivocamos porque en ello está implícita la voluntad de cambiar nuestros conductas.

Los pueblos no sancionan los errores sino la soberbia de no reconocerlos.

Los más necesitados no nos piden ser perfectos, sólo nos piden ser humildes para colocarnos a su lado, tan heridos y lacerados como ellos porque proclamamos ser su escudo.

Los jóvenes no nos exigen mirar el mundo como ellos sino ser coherentes en el pensar con el actuar y ser abiertos al futuro que ellos deberán enfrentar.

Los trabajadores, las mujeres o los que sueñan con las utopías que nos llevaron a la política, no nos piden que tengamos siempre la razón ni que seamos siempre eficientes, sino que seamos capaces también de "volar contra el viento para buscar el cielo" porque de allá venimos.

Sin embargo, para lograr ese cambio cualitativo de las conductas internas del Partido, debemos aceptar la exigencia del cambio personal. Un cambio no sujeto al cambio de los demás, sino gratuito en base a la identidad comunitaria que no puede desaparecer del Partido.

Este cambio de cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades (a nadie le será exigido más allá de lo que puede dar dice el Evangelio), de buena fe pleno de caridad con aquel que yerra, pero con retribución al esfuerzo personal, es la base de la nueva confianza que Chile nos puede otorgar.

Estoy consciente que a muchos camaradas no siempre les parece aceptable este enfoque. Creen que la obligación nuestra es preocuparnos del "Hacer", del "Actuar" y del "Sumar" como tarea partidaria. Creo que no son actitudes o términos excluyentes. Por el contrario – como lo señalo más adelante – estas últimas acciones o tareas son de la esencia de todo partido político; pero lo primero es el supuesto previo de un partido de inspiración cristiana y vocación humanista.

Esta afirmación que siempre he intentado resaltar en el Partido, surge de nuestra visión fundacional : lo que deseamos es transformar al Hombre para que de ese cambio puedan hacerse permanentes los cambios estructurales para crear la Nueva Sociedad que buscamos. Surge también de la experiencia de muchos años en la política en la que siempre nuestros triunfos están ligados a una visión ética en la que se nos reconoce confiables y siempre nuestras derrotas o crisis están ligadas a la visión de una Democracia Cristiana cuyos militantes

y por ende su confiabilidad como Institución , son cuestionados o vistos en actitudes contrarias a su Deber Ser. Basta hacer un análisis histórico descarnado y franco de 60 años de vida partidaria para confirmarlo.

Este planteamiento sobre la conducta personal como origen de la fuerza y la debilidad del Partido se refleja en el debate interno y el juego de poder de los sectores.

El debate ha perdido profundidad para trivializarse con excesiva frecuencia y sólo ocasionalmente surgen documentos orientadores en la línea larga de nuestra tarea. El tema recurrente de la "necesidad de terminar con los grupos" carece de fuerza porque éstos – con excepciones – se han personalizado, perdiendo todo aporte doctrinal o ideológico en circunstancias que pueden ser dinamizadores del debate. La discusión misma de la tarea del Partido se ha centrado en lo electoral y no en lo profundo de una proyección más allá del acceso al poder del Gobierno. Este debate tampoco se enfrenta con franqueza y sin presión por una obsecuencia inadecuada del militante a la tarea del Partido o del Gobierno, lo que es distinto de la disciplina o lealtad respectivamente.

Porque creo en su importancia es que lo consigno como eje de las medidas rectificatorias que debemos asumir.

Porque creo en lo que podemos hacer es que no trepido en señalarlas.

El segundo aspecto que comencé señalando es el difícil rol que nos ha correspondido jugar y por ende los problemas externos que hemos debido enfrentar.

Somos el partido eje de una combinación política destinada a reconstruir la democracia en el corto plazo y a lograr la equidad, el desarrollo humano y el crecimiento económico en el largo plazo. Ello es una dura tarea en el Chile de hoy, heredero de una dictadura capitalista y ahistórica.

Somos - indiscutiblemente – la fuerza mayoritaria de la Concertación que tiene el derecho a dirigirla, pero que debe actuar de manera tal que esa exigencia no la destruya, porque es la mejor opción para Chile. Hoy no existen las condiciones para un Gobierno unipartidario ni nos es permitida una alianza con la derecha que rechazo enfáticamente. Eso requiere inteligencia para lograrlo, esfuerzo para merecerlo y leal convicción en el proyecto concertacionista.

Somos parte de un Gobierno que debe resolver los problemas de hoy, sin enajenar la visión de futuro que dio origen a la Concertación. Si lo primero no se logra se arriesga el futuro y si no se prevé lo segundo, habremos fracasado como proyecto político.

Esto requiere eficiencia administrativa y capacidad política para conducir al país hacia un proyecto no sólo tecnocrático sino también de movilización social y cultural. Somos y aparecemos como el Gobierno porque tenemos las dos presidencias desde 1990 y por ende somos el objeto de la esperanza del pueblo y también de la crítica bien o mal intencionada. Eso es de la esencia histórica de los gobiernos en Chile y es inútil hacer un reclamo permanente porque nuestros aliados recogen los aciertos y no asumen los errores.

El Presidente o el Jefe del Estado es la expresión del país en su conjunto y su desempeño recae sobre su Partido. La manera de enfrentar el hecho no es reclamar sobre lo que otros hacen, cuyo costo también pagan, sino generar la acción concertada de los Demócratas Cristianos estén donde estén. Eso requiere generosidad para asumir el Bien Común partidario, disciplina y visiones comunes, que no siempre se logran simultáneamente, pero que deben buscarse en el estudio de proyecto de largo plazo en un consenso básico.

Somos administradores de un país que crece y desarrolla de una manera inarmónica. Las cifras y la diaria realidad así lo demuestran. La acumulación de riquezas, el predominio de la influencia del dinero sobre el trabajo, la creciente irritación de las minorías más pobres, el evidente tránsito de un estadio de subdesarrollo a un estadio de país en notorio desarrollo son signos objetivos. Esto no lo estamos discutiendo a fondo para tener una respuesta única o común. Recoger esa realidad no debe ser vista como deslealtad por lo hecho

sino como la necesaria sensatez para enfrentar un proceso notable, pero imperfecto por su propia naturaleza. La crisis económica reciente es un aviso.

Somos un Partido que nació para construir el humanismo cristiano, solidario con la rebeldía de los jóvenes, las angustias del proletariado, la esperanza de los campesinos, la necesidad del cambio y la construcción de un orden menos cruel. Sin embargo nos ha tocado administrar un mundo conflictivo y fascinante a la vez, pragmático, globalizado, al borde del milenio, con todo el trasfondo emocional que ello conlleva, donde es difícil hacer transformaciones en un país por separado sin mirar el conjunto mundial. No hemos sabido explicar esta dificultad ni hemos sabido evitar nuestra propia concupiscencia con ciertos éxitos obtenidos y que a veces obnubilan nuestro proyecto fundacional. Hacer bien lo que hoy se nos exige es indispensable para hacer posibles las transformaciones de fondo que el futuro nos plantea en nuestra misión revolucionaria, pero no podemos creer que lo logrado es la meta. Eso sería un fracaso.

Somos una idea política que se asimila desde su nacimiento a la defensa de los débiles, los que nada tienen, a los hombres que creen en la fuerza de las utopías más que en la fuerza del dinero o el poder material. Sin embargo debemos reconocer que por muchos chilenos somos vistos hoy día – desgraciadamente y más allá de todos nuestros esfuerzos – como administradores de un status de mercado, débiles frente a los abusos del capital, poco sensibles al rol del trabajo, tolerantes con los poderes fácticos y duros con las minorías que reclaman. Demasiados chilenos piensan que perdimos la fuerza para romper esquemas, abrir nuevos caminos en un mundo que empieza a demostrar sus flaquezas agotándose en una injusticia que no puede sostenerse. Eso tiene un costo político que nadie puede negar.

Una vez más reivindicó el derecho y la obligación del Partido de exaltar los éxitos sin flagelaciones y entender y asumir con entusiasmo las exigencias nuevas que debemos abordar en un mundo que se renueva día a día.

Esto es lo que creo nos ha llevado a una dificultad externa que se expresa en las encuestas, en la permanente controversia por el sentido de la combinación política en el afán de poder al interior de la Concertación, en el abandono de ciertas áreas sociales que eran nuestro mayor respaldo o en la apatía de nuestros propios militantes, que no tendría explicación, si no existiera esta dicotomía que menciono.

Al igual que en el análisis sobre el valor de las conductas personales, soy consciente que esta visión no será compartida por todos. Sin embargo debo plantearla porque me parece que es hora que el Partido debata a fondo hacia donde va, qué quiere como camino de largo plazo, cuál es su proyecto alternativo al modelo capitalista actual, qué validez tienen los valores comunitarios, como va a enfrentar los cambios claros y también los sutiles, que está sufriendo la sociedad chilena cada vez más rica y más disconforme con su calidad de vida. Este es un debate que está pendiente y que ya no admite espera si queremos que el triunfo de Zaldívar – en el que creo fervientemente a pesar de todas las dificultades y conflictos señalados – se transforme en un gran gobierno y en una tarea profundamente renovadora de la sociedad chilena encabezada por la Democracia Cristiana.

La misma falta de debate es la que nos ha impedido profundizar en los cambios sufridos en la sociedad chilena y sobre la cual debemos actuar, carencia que, además de crucial, es el origen de muchas de nuestras aparentes discrepancias. Cada vez que el tema se plantea se abre la confrontación. Hay quienes sostienen que se nos demanda sólo un mejoramiento de las condiciones materiales porque es lo que se requiere en el país : terminar con la pobreza material y/o educacional, de salud o de oportunidades. Hay quienes creemos que eso es un supuesto indispensable, pero que se requiere algo más : un proyecto político nacional y popular que de sentido a la vida, donde haya elementos que convoquen a la movilización de las conciencias y de las voluntades para "hacer algo distinto por lo que valga la pena luchar".

Planteadas así las cosas, se responde que esta es una pretensión ilusa, carente de realismo, imposible de concretar, una nostalgia

trasnochada de un mundo que murió y que ya nadie busca las utopías sino más cosas y más hedonismo. También se exaltan y se ejemplifican en las propuestas neoliberales que arrasan en el mundo o en el neocapitalismo que ha llevado a algunos países a niveles económicos increíbles y envidiados por todos los demás. También se trae a colación la posición del socialismo renovado y se mira su pragmatismo desdeologizado como un camino sugerente dado el éxito obtenido cara a las pretensiones electorales.

En una mirada superficial y de corto plazo es razonable una argumentación semejante destinada a objetar una revalorización de las ideas y búsqueda de nuevas utopías para Chile. Pero en un análisis más de fondo no es sustentable en los hechos ni en los pronósticos.

El modelo capitalista –aún en las formas más humanizadas – no ha resuelto los problemas del mundo. No digo en la justicia y en la equidad de los pueblos, sino siquiera en la sustentación de su propia estructura, donde la última crisis financiera ha demostrado su debilidad. Por el contrario, el máximo desarrollo del modelo ha permitido el máximo de la pobreza en algunos lugares de la tierra después de las guerras que el propio capitalismo provoca, como una combustión indispensable para su crecimiento y sustentación.

Mirado en la perspectiva de la ética cristiana, no cabe duda que la inequidad por el crecimiento mundial en el marco de este modelo, no es deseable ni compatible con nuestra visión. Sólo puede ser aceptable por nosotros como un estadio transitorio y necesario para llegar a la sociedad que buscamos en cada nación y en el orden internacional. Esta afirmación es válida también para Chile.

Sin embargo es también una afirmación que provoca desasosiego al interior el Partido y es el origen de no pocas discrepancias al momento de definir políticas o prioridades.

Ello podría también explicarse por la especial circunstancia de la economía chilena en su crecimiento sostenido de 6-7 % anual. Ello da un argumento tremendo para respaldar el modelo, sin cuestionarlo mayormente y para desechar cualquier crítica como

infundada, ya que aún dentro de su insuficiencia los pobres son menos pobres, la calidad de vida es mejor y el acceso a las oportunidades es sustancialmente más equitativa. Agréguese a ello la decisión de nuestros gobiernos de intervenir agresivamente en el campo social invirtiendo en Educación, Salud, Vivienda, Previsión y Seguridad hasta llegar a 70 % del gasto del Estado en ese ámbito ¿ Quién podría decir entonces que Chile es un simple capitalismo o una sociedad de mercado o de simple insensibilidad ? Ese es el argumento que se esgrime sin dejar de ser razonable.

Pero también es verdad que hay una realidad social y cultural para apreciar el país que contradice esa simple suma y resta de bienes materiales y oportunidades para las mayorías. Es un hecho que la apreciación común no se basa sólo en el cambio cuantitativo del poder adquisitivo o la diferencia entre lo actual y lo pasado. Si así fuera no podría haber duda en el país sobre lo realizado por la Concertación en Democracia. Tampoco debería haberlas al valorar comparativamente lo hecho por la Democracia Cristiana y la Dictadura. Sin embargo ya se mencionan frustraciones importantes en jóvenes y trabajadores y el candidato de la Democracia Cristiana enfrenta un esforzado y difícil camino para lograr el triunfo. ¿ cuál es entonces esa realidad que no se satisface con el crecimiento cuyos argumentos yo mismo reconozco en líneas anteriores ?

Creo que es una suma de factores que confluyen hasta provocar la insatisfacción frente a avances tan evidentes y llevan a la confusión en nuestro partido porque se revierten contra nosotros.

En el mundo moderno Chile se impregna también de una dicotomía que es su gran desafío antropológico : la revolución de las aspiraciones que apuntan al logro de bienes accesibles en la tecnología moderna y la tremenda angustia interior del hombre moderno porque , logradas y colmadas realmente estas aspiraciones, busca razones mas utópicas y menos subalternas para llenar su vida. La máxima degradación son las drogas escapistas y su mayor exaltación son los fuertes movimientos religiosos surgidos en distintos ámbitos que buscan derrotar ese hedonismo. La expresión concreta de lo anterior es el nivel de problemas psicológicos en países ricos, el alto consumo de droga o alcohol y los maravillosos ejemplos

de los jóvenes en el último Encuentro Continental. Una realidad ambivalente que sólo se entiende en esta necesidad de mirar más allá de lo material o de mejoramiento de los índices de asistencialidad o dación en el que hemos puesto todo nuestro esfuerzo.

Hay también en Chile una vieja tradición de idealismo político basado en grandes ideas fuerzas, que recogían el ser oculto de la sociedad, expresadas en grandes liderazgos personales o grupales capaces de movilizar las conciencias en una voluntad política nacional que generó los cambios más trascendentes del país. Hoy se abjura de esa orientación de la política por entenderse la trasnochada y carente de "realismo" y de "concreción de lo que la gente quiere", olvidando que lo que fracasó en nuestro país no fue la Política de Ideas, sino un ideologismo mal entendido, exagerado y burdo que abrió paso a la exageración de su antítesis: la política ramplona, cosista y explotadora de un individualismo pequeño, único esquema en que la derecha puede competir más aún si está amparada por la fuerza.

La Democracia Cristiana fue siempre tributaria de esta forma de plantear la política. Fue siempre un partido de ideas, creció en su capacidad de motivar los sentimientos altruistas y tuvo líderes que superan al propio partido. Sus momentos más oscuros - a su vez - fueron aquellos en los que se enredó en disputas internas o en las concupiscencias del poder a cualquier nivel donde el debate ideológico perdió fuerza.

Hoy en Chile hemos padecido de una pérdida de estas fortalezas tradicionales que también ha sido una debilidad del Partido Socialista, el núcleo más sólido junto a la Democracia Cristiana. De ahí las dificultades de la Concertación para hacer de sus triunfos y éxitos una plataforma de verdadera y sólida fuerza popular, movilizadora y comprometida para enfrentar la soberbia de la Derecha y el fascismo. La no comprensión cabal de este fenómeno en el Partido Demócrata Cristiano nos lleva a discusiones superficiales y coyunturales donde no resolvemos - fraternalmente - el diagnóstico y las medidas a tomar.

En el campo económico ha sucedido un fenómeno previsible pero no menos difícil de enfrentar en sus repercusiones políticas. Chile bajo

la Concertación ha mantenido un crecimiento sostenido y ha sorteado, con mayor eficiencia que otros países, las crisis financieras mundiales de los últimos años. Esto se ha traducido en un balance claramente positivo para la macroeconomía y para la eliminación de la indigencia, la disminución de la pobreza, la mejoría de las oportunidades y los índices biomédicos y sociales. Las cifras son incontrovertibles y se ha logrado en libertad y en respeto a los derechos de los trabajadores para sus negociaciones. Sin embargo ese cambio no se traduce – otra vez – en la adhesión de esos grupos de una manera tal que sea posible hacer con ellos una alianza estratégica político –social que permita el avance sostenido de los cambios que aún restan. El continuo enfrentamiento gremial y sindical y el indudable aumento de la insurgencia social en algunas provincias, así lo comprueba. La primera consecuencia es que muchas veces deja al Gobierno en la situación de carecer de aliados al enfrentar – si lo desea – al sector financiero y capitalista. La segunda es la clara capitis diminutio de nuestra organización sindical ¿ origen o consecuencia ? de lo anterior.

A mi juicio – sin embargo – hay dos elementos claramente negativos en estos resultados que debemos valorar y corregir si no queremos terminar arbitrando un conflicto social, donde las circunstancias no las condicionaremos nosotros y donde no estaremos en condiciones de cumplir nuestro compromiso histórico.

Un compromiso que es hacer las transformaciones de fondo y ser realmente los defensores, sin ambages , de las mayorías más débiles.

El primero es la vieja ley económica que señala que la satisfacción personal no está dada sólo por lo que se tiene o adquiere sino por lo que tiene o logró el vecino, sea personal o social. Durante los últimos 10 años los pobres son menos pobres – y me atrevería a decir que mucho menos pobres – y algunos sectores medios tienen hoy un acceso al consumo notoriamente superior. Sin embargo el segmento más rico de la sociedad (1.500.000 de personas o las 100 más grandes empresas) se han hecho tan inmensamente ricos que provocan el impacto de insatisfacción frente a lo logrado por el resto. Es probable que en ello también intervenga la ostentación de ese

sector más rico y su soberbia para mostrar su enriquecimiento consumista, elementos nuevos en la cultura social chilena que se magnifican en la revolución publicitaria de los últimos años.

El otro elemento negativo, en lo que a nosotros como partido y como gobierno más repercute, es la imagen de un mayor compromiso con los poderosos que con los débiles, los grandes empresarios y no los trabajadores. Estoy seguro que una información como ésta será rechazada por muchos que esgrimirán las acciones del gobierno en materia social o su comprensión frente a los conflictos. Sin embargo mi personal percepción como Senador de una zona difícil es que los trabajadores, los jóvenes y muy especialmente los grupos sociales más deteriorados ven o sienten que frente a una disyuntiva no estamos con ellos sino con la contraparte más fuerte y poderosa.

Esto no sólo surge de una apreciación personal sino de encuestas y también de una realidad objetiva con ejemplos específicos. La dureza verbal o de hecho del Gobierno no es la misma frente a los conflictos sindicales o empresariales. El conflicto mapuche da imágenes de una fuerza pública con actitudes disímiles ante los mapuches y las forestales y de una gran sensibilidad frente a cualquier sospecha de insurrección y de una tolerancia a la soberbia de CORMA. Los propios personeros de la Democracia Cristiana parecemos más preocupados de no irritar a la Derecha que de ser comprensivos con los trabajadores y ya hemos llegado a reconocer explícitamente la genialidad de los economistas de Chicago en el régimen anterior. Ello tiene un costo político porque la sensibilidad del pueblo es muy fina para valorar no sólo lo que por él se hace, sino sobretodo para valorar quien está con él en el momento de optar. Admito, en el caso nuestro, que pudiera ser únicamente una incapacidad comunicacional, pero en política eso es también muy grave.

Hay por último un tema cultural y de actitud de ese gran mundo intelectual que en tiempos anteriores reconoció a la Democracia Cristiana como un punto de referencia del pensamiento ilustrado. Es hoy día un claro déficit como parte de los problemas a enfrentar. Con o sin razón no se nos ve a la vanguardia del movimiento cultural chileno. Con o sin razón se nos imputa una inmovilidad y rigidez frente a los grandes problemas que la renovación del pensamiento

mundial busca dilucidar. Cada gran desafío analítico suscita entre nosotros una controversia donde el conservadurismo parece ser el signo mayoritario y donde toda tesis más moderna es acusada de relativismo moral.

En este diagnóstico, que intento sea objetivo dentro de la brevedad, le asigno la mayor trascendencia a los valores e imágenes culturales. La Democracia Cristiana chilena fue ejemplo de lucidez y claridad premonitoria para el pensamiento latinoamericano y aún europeo. Fue un paradigma de la nueva manera de hacer una política de ideas en el país y de ahí su prestigio, incluso en las derrotas. Nuestras luces alumbraban los debates sobre Chile y es grave que hoy se oscurezcan por nuestros escasos aportes en esta actitud conservadora en muchísimos temas. La Iglesia progresista nos veía como su expresión política y hoy somos meros expositores de los sectores más conservadores de esta misma Iglesia.

Todo lo anterior refleja tan sólo lo que estimo indispensable : la urgencia de un debate serio de nuestra realidad y de nuestro futuro donde estos puntos pueden o no ser compartidos.

Un debate que sobrepasa la contingencia del 30 de mayo y que se hace indispensable para enfrentar el resultado y sus consecuencias donde – una vez más – debe iluminar nuestras conductas posteriores y no ser mero tributario de un triunfo o una derrota coyuntural.

En esta perspectiva de las modificaciones de conductas y estructuras necesarias para enfrentar el futuro, hay una obligación inmediata : triunfar con Andrés Zaldívar y a ello he venido llamando estos meses.

Este triunfo sólo se logra con el compromiso y trabajo de cada militante en relación directa de sus responsabilidades partidarias y de sus posibilidades de acción.

Es un triunfo que el Partido debe defender como parte de su compromiso ético con el acceso al poder para lograr sus objetivos.

Es un triunfo que dice relación con el futuro de Chile porque – siendo todos Concertación – la especificidad del candidato humanista

cristiano tiene una trascendencia que no tiene nuestro competidor interno.

Es un triunfo que requerimos para completar nuestro aporte a los gobiernos de la Concertación y garantizar, sin sombra de dudas, la continuidad del " proceso de cambios en la estabilidad " que la democracia chilena requiere.

Es un triunfo que no puede dejarse escapar por la falta de esfuerzo porque sería un signo de mostración negativo frente a la opinión pública que juzga duramente estas carencias partidarias.

De ahí que junto a mi análisis hay también un llamado, días antes del 30 de mayo : los partidos cristianos, y por ende sus militantes, se miden por el esfuerzo y compromiso con sus deberes y obligaciones.

El minuto de hoy y su afán es el trabajo sin descanso con la campaña de Andrés.

Este triunfo debe ser logrado con tal limpieza, que no destruya la Concertación. Su permanencia es garantía para Chile y para el propio gobierno de Andrés Zaldívar que tendrá una realidad dura y difícil.

Este triunfo debe ser – no el objetivo final de nuestros cambios –pero si una situación privilegiada para hacerlos porque nuestro Gobierno requerirá, necesariamente, un partido fuerte, enraizado en la comunidad, claro, unido pero vivo en el debate y comprometido con los cambios que le país exige y que no puede eludir.

Pero debemos reconocer que un análisis – a lo menos con esfuerzos de seriedad – debe contemplar la posibilidad de una derrota.

Ello también requiere una disposición anímica llena de fortaleza y fe en las convicciones para que ellas orienten nuestras emociones y así el Bien Común y Partidario y ciudadano supere la ira o la aflicción.

Los partidos – como las personas – se miden en los momentos críticos y duros y no sólo en los triunfos y alegrías.

Si llegase a producirse esta eventualidad deberemos enfrentarla con estoicismo, sin dispersión partidaria, sin alardes tremendistas y sin declaraciones que pongan en riesgo los compromisos adquiridos. Requeriremos de seriedad para que Chile nos mire y nos admire porque la Democracia Cristiana seguirá siendo una referencia inescapable de la política chilena. Una situación como esta no será diferente de la producida en 1958 con Eduardo Frei Montalva o con Radomiro Tomic en 1970. En ambas ocasiones perdimos sin derrota interior y en ambas ocasiones también, volvimos luego a triunfar para abrir caminos históricos en Chile.

Para decirlo de una manera simple que interpreta el pensamiento maritainiano: El poder es un instrumento éticamente legítimo pero no es el objetivo final de los cristianos.

Por no ser un fin sino un instrumento no puede haber concupiscencia hacia él.

Nuestro objetivo final es la sustitución de una sociedad inadecuada para la felicidad de los hombres y por ello siempre habrá un lugar donde los cristianos puedan construir esa utopía y la Democracia Cristiana cumplir su rol político.

Nuestro fin último es cristianizar la sociedad, no sólo dirigirla. A ello estamos obligados y el gobierno vendrá "por añadidura" si trabajamos con ahinco.

En esa convicción, con esa fuerza interior, con esa visión ética y con esa entereza moral se construyó el Partido y hemos trabajado por él en estos años. No es ahora la oportunidad de flaquear ni para luchar por el triunfo ni para enfrentar una eventual derrota.

He planteado las cosas en tres ámbitos según mi visión :

- La situación del Partido y sus problemas
- Las exigencias externas como partido eje de los gobiernos del 90 al 99
- El desafío del 30 de mayo.

Queda, a mi juicio, el tema del futuro y la manera de enfrentarlo con las correcciones necesarias.

No podría haber un decálogo de soluciones ni sería sensato – además de vanidoso crearme con la única verdad posible. Tan sólo creo necesario esbozar algunas ideas y criterios centrales que podrían ayudar a revalidar nuestros mensajes, enfrentar las deficiencias, mejorar las estructuras y reverdecer el alma partidaria.

Primer criterio. Esta es una tarea de todos.

Los demócratas cristianos creemos en la gregariedad como forma de vida, surgida del mensaje evangélico : “ no es bueno que el hombre esté solo “. Herman Hesse lo dice siglos después “ Nadie es un Lobo Estepario sino un sujeto de muchas influencias “.

Los demócratas cristianos creemos también en la fraternidad que es la sublimación evangélica de lo anterior. Eso significa – además – asumir un destino común y obligatoriedad de amarnos para construir este destino común, que por definición, se analiza, se construye y se persigue entre todos.

Los demócratas cristianos creemos en la evolución del Hombre y de las comunidades para hacer una Historia distinta, cada vez más cerca de la verdad, que es Dios, en la concepción de Chardin. Es la Historia en Marcha de Tombee.

Es la común-unidad de la visión comunitaria de la Democracia Cristiana, encerrada y enterrada pero no muerta.

En el plano práctico, significa cumplir este criterio entre todos, con todos y para todos y no sólo como una imposición de grupos o personas. Tal vez nuestro mayor problema ha sido el “ como “ hacer este análisis en esta perspectiva.

Segundo criterio . : Ser demócrata cristiano es un privilegio y un compromiso.

Reconozco que este criterio está en la raíz de un viejo debate : ¿ Partido abierto ? ¿ movimiento ? ¿ Partido de cuadros ? ¿ Un partido de un gran número de adherentes ? ¿ o un partido pequeño de férrea militancia ? Un debate que nunca hemos hecho, pero que en la práctica se ha resuelto de la peor manera : somos un partido con muchos militantes que no militan , que adhieren pero no contribuyen, que son pero no están y cuando están no saben lo que son. En ese cuadro es evidente que la presencia partidaria se resiente y sólo triunfa o persiste por el trabajo de la minoría y la fuerza de la Doctrina.

Pero más allá de las palabras o definiciones lo que quiero señalar es que la Democracia Cristiana, en el futuro cercano y mediano de Chile, debe requerir la presencia de aquellos que sinceramente creen en su doctrina como una forma de vida y en su pertenencia como una forma de cumplir su compromiso en lo social y en lo político.

Dicho muy brutalmente, todos los chilenos y chilenas que acepten sus principios deben ser buscados para trabajar en el Partido, pero sólo deberían ser militantes los que están dispuestos a hacer de esa militancia una forma de vida y una exigencia de trabajo efectivo en el marco disciplinario de su estructura.

Ello se debe traducir en cuatro líneas concretas que implementan este criterio :

- ♦ La premilitancia no debe ser sólo un problema de " tiempo – previo a ". Debe ser una escuela de formación doctrinal como requisito sine qua non.
- ♦ La formación personal al interior del partido debe ser una actividad permanente como requisito para todo militante. El Partido debe implementar la Escuela de Formación en cada comuna, sencilla, auto sustentada y como tarea prioritaria.
- ♦ La representatividad partidaria debe ser fruto de un trabajo consistente tanto al interior de la Democracia Cristiana como en la sociedad y no el fruto de una mera capacidad negociadora o de habilidad para construir adhesiones, no siempre éticamente aceptable.

- ♦ Todo lo anterior debe constituir una hoja de vida, una hoja de servicios donde esté en blanco y negro ese compromiso del que he hablado.

Comprendo que esta visión puede ser rebatida. Incluso pueden tener razón quienes lo hagan. Pero tengo una sola respuesta : esto no se hace y el Partido no anda bien. Lo lógico es entonces intentar este criterio como un proceso rectificador posible.

Tercer criterio.: La Democracia Cristiana debe estar inserta en la Sociedad porque somos la levadura del Pueblo.

El construir un partido de militantes no es crear una torre de marfil, aislada de la sociedad. Por el contrario, es crear un instrumento político eficiente, capaz, simultáneamente de formar conciencias, orientar a la sociedad, penetrar la base social y lograr el poder por la fuerza que surge de ese trabajo previo.

Lo que hoy nos sucede es precisamente lo contrario. Los partidos comunales o provinciales gastan sus energías en la competencia interna – a veces virulenta – y no tienen inserción institucional ni orgánicamente asumida en la sociedad o comunidad local.

La ausencia de demócratas cristianos en las juntas de vecinos, clubes deportivos o sociedades mutualistas es dramática y lo hemos visto en las recientes primarias. Esto no debe confundirse con la " capacidad de movilización " de la que tanto nos ufamamos. Es la presencia constante, creadora, informadora y democratizadora de los militantes en la sociedad civil. Es la instrumentación de la etapa superior de toda democracia : la participación del pueblo organizado.

Esta ausencia es tan dramática que casi no existen los departamentos de pobladores y en las elecciones internas, el trabajo a ese nivel no rinde frutos porque priman las habilidades y " movilizaciones " de los militantes que sólo aparecen en ese día.

Para implementar este criterio creo que deben asumirse dos definiciones :

- ♦ Ningún demócrata cristiano sin tareas en la base social y ninguna tarea social sin un demócrata cristiano
- ♦ El trabajo comunitario será parte privilegiada a la hora de medir los méritos para aspirar a ciertas representatividades. La hoja de vida dejará constancia de este criterio.

Cuarto Criterio. : La Democracia Cristiana es un Partido Valórico.

Esto significa que, sin perjuicio del realismo para enfrentar los problemas concretos, nuestro Partido busca hacer una pedagogía política en torno a sus valores fundamentales. No es por tanto un mero partido instrumental. Tampoco hacemos las cosas como una simple dación o asistencialidad. Las hacemos para llevar a la realidad diaria del hombre común lo necesario para tener una vida digna en una sociedad equitativa, cumpliendo así nuestras visiones valóricas : solidaridad, trascendencia, derechos humanos, fraternidad, equidad, humanismo y espiritualidad como fuego interior. Libertad y democracia como vivencia y no sólo legalidad.

Es la necesidad simultánea de entender que el Hombre es cuerpo y espíritu, que no se puede hablar a su espíritu si sus estómagos están vacíos (Santo Tomás de Aquino), pero que las cosas no sirven si no trasuntan amor, que es el espíritu permanente que se encarna en el Hombre y no el Hombre que se debe materializar en las cosas. Es la necesidad de distinguir lo necesario de lo superfluo y la equidad del consumismo.

Es la convicción para cambiar los valores materialistas por los valores humanistas para que el crecimiento produzca desarrollo y el adelanto tecnológico produzca felicidad.

En el plano concreto, ello obliga a :

- ♦ Abrir el permanente debate sobre el tema y consagrar como tarea del Partido esta profundización y estudio. Las tareas que hoy cumplen institutos parapartidarios deben ser asumidos por una instancia oficial del Partido, pluralista al interior de la

Democracia, ajena a los directivas circunstanciales y de altísimo nivel intelectual.

- ♦ Asumir los valores, definirlos como consustanciales al partido, como las directivas teóricas en el quehacer concreto. Eso significa no contradecirnos, por ejemplo entre nuestra adhesión teórica a los trabajadores y nuestras conductas contrarias a su interés, como pasa con excesiva frecuencia en aras de las necesidades conyunturales.
- ♦ Obligar en todo acto partidario (aunque parezca nimio) a una breve y programada discusión sobre estos temas ¿ Desde cuando no se discuten en una asamblea comunal o provincial ? ¿ Cuántos miembros de nuestro Partido aprobarían un examen sobre doctrina ?. Estas solas respuestas justifican este criterio.
- ♦ Transformar, lentamente pero con certeza, nuestra vida diaria del partido en un ejercicio de los valores hasta que – sin percatarnos sean nuestra forma natural de comportarnos.
- ♦ Dar a nuestro Tribunal de Etica una mayor fuerza para juzgar actitudes que contravienen esos valores. Estoy consciente que muchos dirigentes plantean que no pueden exagerarse las disposiciones disciplinarias. Sin embargo lo que planteo es una revalorización de las conductas, una disciplina por consenso, un organismo de pedagogía ética pero de firme orientación a los militantes.

Sexto Criterio.: Nuestros conceptos de participación, representatividad legitimada en el trabajo y descentralización deben expresarse en la organización.

A través de los años hemos hecho muchas modificaciones al estatuto, sin un resultado plenamente satisfactorio. De alguna manera ello comprueba que no es problema de estructuras sino de conductas, sin embargo, estas también influyen. Sin agotar el tema y a manera de sugerencias a estudiar, este criterio debería expresarse en modificaciones que puntualizo a continuación en fórmulas variables. Ellas solo buscan corregir lo que hay definitivamente no ha funcionado bien en el Partido.

- a) **Reforzamiento de los Consejos Comunales.** Creo que en ellos deben estar los presidentes de instituciones

comunitarias militantes demócratas cristianos y su forma variará según las características de cada localidad. Así dejaría a la Mesa con plena representatividad de la Asamblea y el apoyo real de los Demócratas Cristianos insertos en la comunidad.

b) Cambios en la estructura regional. Creo que ella – recientemente formada – no tiene representatividad ni eficacia y pienso que introduce una distorsión de un Presidente sin mando real. Si se desea mantener debería ser de elección directa igual que los directores provinciales.

c) Reformulación del Consejo Nacional. A mi juicio, la experiencia de un Consejo Nacional elegido como el actual, incluida la Mesa Nacional, no ha sido exitosa. Es un cuerpo demasiado grande para sesionar semanalmente y excesivamente no representativo para su tamaño. Creo que debe formarse por :

- ♦ Una Mesa Ejecutiva de 9 miembros según elección mayoritaria por sufragio universal y participación de las listas minoritarias según proporción.
- ♦ Un consejo con reunión mensual formado por los presidentes provinciales con mandato expreso de sus representados.
- ♦ Los Presidentes de Frentes o Departamentos reformulados en los que sólo persistan la juventud y las mujeres.

Postulo que los demás se incorporen en las asambleas comunales y territorial. A nivel nacional los demás frentes deben transformarse en las instancias programáticas y de capacitación que tanto requerimos.

d) Cambios en la Junta Nacional.

Debe ser una instancia esencialmente política y representativa del pensamiento de la base partidaria, sin intermediación. Los delegados a la Junta Nacional no representan – habitualmente – el pensamiento de su provincia a la que no suelen dar cuenta para su aprobación o rechazo.

Sugiero que sea formada por :

- Mesa Nacional, obviamente

- Consejo Nacional, dado que son Presidentes Provinciales y Frentes Nacionales
- Presidentes Comunales, que es la estructura básica del Partido
- Parlamentarios, tanto Senadores como Diputados
- Alcaldes mientras dure su mandato
- Ex Presidentes de la República y del Partido
- Ministros y Subsecretarios de Estado
- Mesa de la Juventud y Mujeres

Eso haría un número similar al actual, de mayor representatividad, reforzaría el rol comunal y evitaría la elección de delegados que no son responsables con su cargo ante los electores.

La Junta Nacional elegiría el 20% de los Consejeros Nacionales.

Séptimo Criterio.: La norma para la representatividad debe ser el trabajo partidario salvo la excepción fundada. Aspectos financieros.

Creo que todo candidato a un cargo de representación popular debe haber cumplido un mínimo período de ejercicio de un cargo interno. También debe abrirse un margen de excepción para los militantes que la autoridad entienda – fundadamente – como caso diferente y necesario.

Lo mismo debe suceder con independientes ya que la ley franquea esa posibilidad y debemos recoger los aportes que son útiles y convenientes.

En este mismo punto debe considerarse el aporte de cada militante al Partido. Señalaría tres aspectos esenciales y conciliables para su reforma.

- El sentido de pertenencia al Partido exige el aporte de cada militante, sin otra excepción que lo señalado más adelante, como requisito previo de participación partidaria.
- La diferente capacidad de pago es un elemento clave y es parte de la fraternidad. Por lo tanto no será la suma a entregar sino esta capacidad la que regula el aporte .

- La absoluta incapacidad de entregar cuotas debe ser atendida por el Partido y considerada eximente si así se prueba.

Estimadas y estimados camaradas, Jóvenes del Partido, al terminar estas líneas que no son otra cosa que un aporte al debate interno, quiero reafirmar mi fé en el Partido Demócrata Cristiano, en la Concertación y en el triunfo de Andrés Zaldívar.

Fe en la fuerza y valor doctrinal de la Democracia Cristiana, en el rol y aporte a la democracia y el cambio social en Chile.

Fe en su compromiso con los trabajadores, con los jóvenes, las mujeres y todos aquellos que no tienen otra esperanza que la sustitución de la sociedad capitalista por la solidaridad de una sociedad humanista.

Fe en el testimonio de sus hombres y mujeres entre los que Andrés destaca por su entereza y capacidad de comprensión.

Fe en la Concertación como un instrumento útil e indispensable para constituir gobiernos de mayoría política y social.

Fe en el triunfo de nuestro camarada Zaldívar como garantía de respeto al compromiso popular del próximo gobierno y de la seguridad del triunfo de la Concertación.

Pero sobretodo fe en nuestra capacidad de encontrar – como país – el camino de la consolidación democrática para una Patria justa y solidaria.

Fraternalmente,

Mariano Ruiz-Esquide Jara